

—Y ¿ha tirado usted alguna?—preguntó el cortijero.

—¿Yo? ¡ca, hombre! Como francés, lo que hice fué amarlas.

Esto dicho, Jorge se atusó y retorció el bigote y simuló quedar pensativo. En este momento llegaban á Saint-Denis, donde Pierrotín se detuvo delante de la puerta del posadero que vende las célebres tortas y en donde todos los viajeros acostumbran á bajar. Pensativo y lleno de curiosidad al ver las apariencias de verdad que tenían los relatos de Jorge, el conde volvió inmediatamente al coche, vió debajo del asiento la carpeta que Pierrotín le dijo que pertenecía á aquel personaje enigmático, y leyó en letras doradas: «Maese Crottat, notario». Temiendo, con razón, que el padre Leger sintiese una curiosidad semejante á la que él sentía, el conde se permitió abrir la carpeta, sacó de ella el acta que concernía á la quinta de los Moulineaux, la dobló, se la metió en el bolsillo interior de su levita y se puso á examinar de nuevo á los viajeros.

—Este Jorge es, sencillamente, el segundo pasante de Crottat. Daré las gracias á su amo por haber enviado este tipo en lugar de mandar el primer pasante—se dijo.

Por el aire respetuoso del padre Leger y de Oscar, Jorge comprendió que tenía en ellos fervientes admiradores; tomó, pues, aires de gran señor, les pagó una torta y un vaso de vino de Alicante, convidó también á Mistigris y á su amo, los cuales rechazaron el convite, y el amigo de Tebelén aprovechó esta oportunidad para preguntarles sus nombres.

—¡Oh! señor—dijo el amo de Mistigris,—yo no llevo un nombre ilustre como el de usted, yo no vengo de Asia.

En este momento, el conde, que se había apresurado á entrar en la inmensa cocina del posadero, á fin de que no sospechasen su gatada, pudo escuchar el fin de esta respuesta:

—... Soy un pobre pintor que vengo de Roma, donde estuve pensionado por el gobierno después de haber obtenido el primer premio hace cinco años. Me llamo Schinner.

—¡Eh, amigo! ¿quiere usted tomar un vaso de vino de Alicante y una torta?—dijo Jorge al conde.

—Gracias—dijo éste.—No salgo nunca de casa sin haber tomado mi taza de café con leche.

—Y ¿no toma usted nada entre comidas?—dijo Jorge.—Cuando charlaba hace un momento de sus cruces, creí que

sería otra cosa—dijo en voz baja al pintor;—pero ya le tomaremos el pelo á ese fabricante de bujías.—Vamos, valiente, bébase usted el vaso de vino que han servido para ese abacero; eso os hará nacer el bigote—añadió dirigiéndose á Oscar.

Este quiso echárselas de hombre y apuró aquel segundo vaso y se comió una torta más.

—Buen vino—dijo el padre Leger haciendo sonar la lengua contra el paladar.

—Y es tanto mejor, por cuanto que viene de Bercy—dijo Jorge.—Yo he estado en Alicante, y pueden ustedes creerme, que lo mismo es este vino de allí que yo de Rusia. Pero, no importa, nuestros vinos artificiales son mejores que los naturales. Vamos, Pierrotín, un vaso. ¡Qué lástima que vuestros caballos no puedan *soplarse* uno cada uno! Porque iríamos mejor—añadió dirigiéndose al conductor.

—¡Oh! no hace falta, porque tenemos á *Brchette* que vale un potosí. ¡En marcha, señores!

Esta palabra de Pierrotín resonó en medio de un chasquido del látigo, cuando los viajeros estaban ya encajonados. Eran las once de la mañana. El cielo, que estaba un poco nublado, se despejó. El viento empezó á alejar las nubes y el azul del éter brilló á intervalos; así es que cuando el coche de Pierrotín se lanzó por el camino que separa Saint-Denis de Pierrefitte, el sol acababa de disipar los últimos y finos vapores cuyo diáfano velo envolvía los paisajes de esta célebre comarca.

—Vamos á ver ¿por qué abandonó usted á su amigo el pachá?—dijo el padre Leger á Jorge.

—Porque era un tipo—respondió Jorge con aire que ocultaba muchos misterios.—Figúrese usted que me confió el mando de su caballería...

—¡Ah! ahora comprendo por qué lleva espuelas—pensó el pobre Oscar.

—En esta época, Alí de Tebelín tenía que desembarzarse de Chosrew, que era otro pillo digno de ser ahorcado. Aquí le llamáis Choreff, pero este nombre en turco se pronuncia Cosere. Usted ha debido leer en los periódicos, en otro tiempo, que el anciano Alí derrotó á Chosrew. Pues bien, á no ser por mí, Alí de Tebelén hubiese sido aniquilado antes. Yo formaba el ala derecha y veo que Chosrew, que es un perro viejo, se encamina hacia nuestro centro,

derecho, y haciendo un movimiento á lo Murat. Bueno: entonces yo ordeno una carga y divido en dos la columna de Chosrew, que se habia quedado al descubierto. Ya comprenderéis que, después de esto, Ali me abrazó.

—Pero ¿acostumbran á abrazar en Oriente?—preguntó el conde de Serisy con aire chocarrero.

—Sí, caballero, eso se acostumbra á hacer en todas partes—contestó el pintor.

—Perseguimos á Chosrew durante mucho tiempo y en un radio de treinta leguas como si fuese una bestia feroz—repuso Jorge.—Los turcos son jinetes consumados. Ali puso á mi disposición cuantos yataganes, escopetas y sables necesitó. De vuelta á la capital, este endiablado farsante me hizo proposiciones que no me convenían. Estos orientales son especialísimos cuando se apodera de ellos una idea. Ali quería que yo fuese su favorito y su heredero. Pero yo estaba cansado de aquella vida, y como Ali de Tebelén estaba sublevado contra la Puerta, yo creí conveniente tomar la puerta. Pero tengo que hacer justicia á Tebelén porque me colmó de presentes: diamantes, diez mil talaris, mil monedas de oro, una hermosa griega por paje y un hermoso caballo árabe. Vamos, Ali, pachá de Janina, es un hombre incomprendible, que necesitaría un historiador para esclarecer sus hechos. Sólo en Oriente se encuentran esas almas de bronce que trabajan durante veinte años para poder vengar en un día una ofensa recibida. En primer lugar, tenia la barba blanca más hermosa que nadie puede imaginarse, el rostro grave y severo...

—Pero ¿qué hizo usted de sus tesoros?—dijo el padre Leger.

—¡Ah! ya verá usted. Como que en aquel país no existe papel del Estado ni Banco, llevaba todas mis alhajas y fortuna en una tartana griega que fué apresada por el capitán pachá en persona. Aquí donde ustedes me ven, he estado á punto de ser empalado en Smirna. Sí, á no haber sido por el señor de Riviere, el embajador, que se encuentra allí, me hubiesen tomado por cómplice de Ali-Pachá. En fin, para acabar pronto, os diré que salvé la vida; pero los diez mil talaris, las mil monedas de oro, las armas, todo fué á formar parte del tesoro del capitán pachá. Mi posición era tanto más difícil cuanto que este capitán pachá no era otro que Chosrew. Después de haber sido derrotado, el muy pillo habia

obtenido este cargo, que equivale al de gran almirante en Francia.

—Pero, según ha dicho usted antes, Chosrew estaba en la caballería—dijo el padre Leger que seguía con atención el relato de Jorge.

—¡Oh! ¡cómo se conoce que en el departamento del Seine-et-Oise se ignoran las costumbres de Oriente!—exclamó Jorge.—Amigo, voy á decirle á usted lo que son los turcos: Usted es cortijero y el padischah le nombra mariscal; si no desempeña usted sus funciones á gusto de éste, peor para usted, porque le cortan la cabeza; esa es la manera de destituir allí á los funcionarios. Un jardinero pasa á ser prefecto, y un primer ministro pasa á ser barrendero. Los otomanos no conocen las leyes del ascenso ni de la jerarquía. De general de caballería, Chosrew pasó á ser marino. El padischah Mahmoud le habia encargado que se apoderase de Ali por mar, y él cumplió su encargo haciéndole prisionero, aunque asistido por los ingleses, que se llevaron los muy pillos gran parte de los tesoros. Este Chosrew, que no habia olvidado la lección de capitación que yo le habia dado, me reconoció. Ya comprenderán ustedes que no me quedaba nada que hacer ni que esperar, á no haberseme ocurrido la idea de reclamar en calidad de francés y de trovador del señor Riviere. El embajador pidió mi libertad. Los turcos tienen eso de bueno: lo mismo dejan á uno en libertad que le cortan la cabeza; son indiferentes á todo. El cónsul de Francia, que es un sujeto encantador, era amigo de Chosrew, y le rogó que me devolviesen dos mil talaris; por eso no me cansaré de decir nunca que su nombre ha quedado grabado en mi corazón.

—¿Cómo dice usted que se llama?—preguntó el señor de Serisy.

El señor de Serisy no mostró poco asombro cuando Jorge le dijo el nombre del cónsul que se hallaba á la sazón en Smirna y que era uno de los más notables de Francia.

—Por casualidad asistí á la ejecución del comandante de Smirna, á quien Chosrew ejecutó por orden del padischah, y esta ejecución, que es una de las cosas más curiosas que he visto en mi vida, á pesar de que he visto muchas, se la contaré á ustedes en seguida mientras almorzamos. De Smirna pasé á España por haber llegado á mis oídos que habia allí revolución. ¡Oh! me dirigí en persona á Mina, el

cual me nombró ayudante suyo y me dió el grado de coronel. Me bati por la causa constitucional que va á sucumbir, pues nosotros vamos á entrar en España uno de estos días.

—Y ¿es usted oficial francés?—le dijo severamente el conde de Serisy.—Mucho cuenta usted con la discreción de los que escuchan su relato.

—Pero si ya habíamos quedado en que no había aquí espías—dijo Jorge.

—Coronel Jorge, ¿olvida usted que en este momento se juzga en la cámara de los pares una conspiración que obligará al gobierno á ser muy severo con los militares que llevan sus armas contra Francia y que promueven intrigas en el extranjero con intención de derribar á nuestros soberanos legítimos?—dijo el conde.

Al oír esta terrible observación, el pintor se puso rojo como la grana y miró á Mistigris, quien pareció también turbarse.

—Y bien ¿qué tiene que ver eso?—dijo el padre Leger.

—Si yo, por ejemplo, fuese magistrado—respondió el conde,—mi deber sería hacer detener al ayudante de Mina por los gendarmes de la brigada de Pierrefitte, y citar como testigos á todos los viajeros que están en el coche.

Estas palabras contribuyeron á que Jorge quedara tanto más callado, por cuanto que llegaban ya enfrente del cuartel de los gendarmes, cuya bandera blanca ondeaba á voluntad del céfiro.

—Tiene usted demasiadas condecoraciones para ser capaz de hacer semejante cobardía—dijo Oscar.

—No tenga usted cuidado, que ya le daremos un disgusto—dijo Jorge al oído de Oscar.

—Coronel—exclamó Leger, á quien la salida del conde disgustaba y que quería cambiar de conversación—¿cómo cultivan sus tierras las gentes de ese país que usted ha recorrido?

—En primer lugar, ya comprenderá usted, amigo mío, que esas gentes se ocupan demasiado en fumar y en pelearse, para que puedan cuidarse de sus tierras.

El conde no pudo menos de sonreirse. Esta sonrisa tranquilizó al narrador.

—Pero tienen una manera de cultivar que va á parecerle á usted muy rara. Ellos no cultivan nada y sin embargo tie-

nen productos. Los turcos y los griegos comen cebollas y arroz... Recogen el opio de sus ababoles, que les da grandes rentas; además, tienen el tabaco, que crece espontáneamente, y los dátiles, que son unos frutos azucarados que crecen sin cultura. Es este un país lleno de recursos y de comercio. En Smirna se hacen muchas alfombras y muy baratas.

—Pero si las alfombras son de lana—dijo Leger—la lana tienen que sacarla de los carneros; y para tener carneros, es preciso tener praderas, cortijos, cultivar la tierra...

—Algo debe haber de eso—respondió Jorge,—pero desde luego puedo asegurarle á usted que el arroz crece solo en medio de grandes balsas de agua; por lo demás, no puedo yo dar grandes detalles, porque siempre he sentido especial aversión por la estadística, aparte de que habité la costa y recorrí países devastados por la guerra.

—¿Y los impuestos?—dijo Leger.

—¡Ah! los impuestos son atroces. Se lo cogen todo y no les dejan nada. Admirado de las ventajas de este sistema, el pachá de Egipto iba á organizar la administración en esta forma cuando yo me separé de él.

—Pero ¿cómo?...—dijo el padre Leger que no comprendía nada.

—¿Cómo?...—repuso Jorge.—Pues muy sencillo: hay agentes que se encargan de hacer la recolección y no dejan á los labradores más que lo justo para vivir. ¡Ah! amigo, con este sistema no hay nada de papelotes y de oficinas, que es precisamente la llaga de Francia.

—Pero ¿en qué se fundan para hacer eso?—dijo el cortijero.

—Es un país de déspotas, y con eso está todo explicado. ¿No sabe usted la hermosa definición que dió Montesquieu del despotismo? Montesquieu dice: «El despotismo es como el salvaje, que corta el árbol por el pie para recoger sus frutos...»

—Y, al parecer, quieren traernos á nosotros á ese estado—dijo Mistigris,—pero *cada* (1) *escaldado del agua fría huye*.

—¡Y nos traerán!—exclamó el conde de Serisy.—Por eso harán bien en vender sus tierras los que las tengan. El señor Schinner podrá decirnos la rapidez con que todas esas cosas van introduciéndose en Italia.

(1) Aquí tergiversa el autor el refrán, poniendo *cada* por *gato*.—(N. del T.)

—*Corpo di Bacco!* ¡ya lo creo! lo que es el Papa no se anda con chiquitas—repuso Schinner.—Pero allí ya están acostumbrados á eso. El pueblo italiano es muy manso. Con tal que les dejen asesinar á algunos viajeros por los caminos, se dan por satisfechos.

—Pero veo que usted tampoco lleva la condecoración de la Legión de Honor que obtuvo en 1819—repuso el conde.—Al parecer se va poniendo eso de moda.

Mistigris y el falso Schinner se pusieron rojos como la grana.

—Yo, se comprende, porque no quiero que me conozcan—repuso Schinner.—Ruego á usted, caballero, que no me descubra, porque paso por ser un pintor de brocha gorda, un decorador, y voy á un palacio donde no quiero que sospechen nada.

—¡Ah!—exclamó el conde—¿alguna conquista? ¿alguna intriga?... ¡Oh! ¡qué feliz es usted con ser joven!

Oscar, que se moría de angustia al ver que nada era y que nada podía decir, miraba al coronel Czerni Jorge y al gran pintor Schinner y buscaba el medio de metamorfosearse en algo. Pero ¿qué podía ser un muchacho de diez y nueve años que iba á pasar quince días de campo en casa del administrador de Presles? El vino de Alicante se le subió á la cabeza y su amor propio le hizo hervir la sangre en las venas; cuando el famoso Schinner dijo una aventura romántica cuyo peligro debía de ser tan grande como la dicha, fijó en él sus ojos chispeantes de rabia y de envidia.

—¡Ah!—dijo el conde con aire crédulo y de envidia—mucho hay que querer á una mujer para hacer por ella tales sacrificios.

—¿Qué sacrificios?—dijo Mistigris.

—¿No sabe usted, amiguito mío, que un techo pintado por tan gran pintor vale un dínal?—respondió el conde.—Vamos á ver, si la casa real os paga treinta mil francos por los de las dos salas del Louvre—repuso mirando á Schinner,—para un particular, un techo vale lo menos veinte mil francos, cuando apenas le darán dos mil á un decorador vulgar.

—El dinero es lo de menos—respondió Mistigris.—Lo peor es que será una verdadera obra maestra y que no podrá firmarla para no comprometerse.

—¡Ah! daría con gusto todas mis cruces á los soberanos de Europa para ser amado como lo es un joven á quien el

amor inspira tan grandes sacrificios—exclamó el conde de Serisy.

—¡Ah! ¿qué quiere usted, señor mío? Cuando uno es joven encuentra quien le ame, y, como suele decirse, *por mucho pan nunca mal año.*

—Y ¿qué dice de esto la señora Schinner?—repuso el conde—porque, si no recuerdo mal, se casó usted por amor con la hermosa Adelaida de Rouville, la protegida del anciano almirante Kergarouet, el cual consiguió que os hiciesen el encargo de pintar los techos del Louvre por mediación de su sobrino, el conde de Fontaine.

—¿Cree usted acaso que un pintor es nunca casado cuando viaja?—dijo Mistigris.

—¡Esa es la moral que existe en los talleres!—exclamó cándidamente el conde de Serisy.

—¿Es mejor acaso la moral de las cortes donde usted obtuvo sus condecoraciones?—dijo Schinner que recobró su sangre fría, perdida un momento al ver lo enterado que estaba el conde de las obras ejecutadas por Schinner.

—Yo no he pedido ninguna y las he ganado todas por mis méritos—repuso el conde.

—Lo cual no implica para que á usted le sienten tan bien como á un Cristo un par de pistolas—replicó Mistigris.

El señor de Serisy no quiso descubrir su incógnito y tomó un aire de bondad, poniéndose á contemplar el valle de Grosly que se descubre al tomar, en la Patte-d'Oie, el camino de Saint-Brice dejando á la derecha el de Chantilly.

—Toma esa—dijo Oscar moviendo la cabeza.

—Y ¿es tan hermoso Roma como dicen?—preguntó Jorge al gran pintor.

—Roma sólo es hermosa para la gente que ama; es preciso tener una pasión para que á uno le guste; pero, como ciudad, prefiero á Venecia, á pesar de que estuve á punto de ser allí asesinado.

—Y á fe que, á no ser por mí—dijo Mistigris,—ya hubiera usted estirado la pata. Toda la culpa de aquello la tuvo ese endiablado farsante de lord Byron. ¡Qué rabioso estaba ese chino inglés!

—¡Chitón!—dijo Schinner—no quiero que se sepa la cuestión que tuve con lord Byron.

—Pero confiese á lo menos que puede usted dar las gracias á mi puntería para tirar zapatazos—respondió Mistigris.

De vez en cuando, Pierrotín, cambiaba con el conde de Serisy miradas singulares que hubiesen inquietado á cualquiera otra clase de gente que hubiera sido más experta de lo que lo eran nuestros cinco viajeros.

—¡Lores, pachás, techos de treinta mil francos! ¡Diablo! —exclamó el cochero — ¡hoy me ha tocado llevar soberanos! ¡Qué propinas me esperan!

—Sin contar con que los asientos están ya pagados—dijo maliciosamente Mistigris.

—Precisamente me viene esto como anillo al dedo—repuso Pierrotín,—pues ya sabe usted, padre Leger, que tengo encargado un hermoso coche por el que he anticipado ya dos mil francos... pues bien, esos canallas de fabricantes, á quienes tengo que dar mañana dos mil quinientos francos, no han querido aceptar el trato que les hacía de entregarles mil quinientos francos hoy y los otros mil francos en el término de dos meses... ¡Esos usureros no quieren fiar ni un céntimo! Mostrarse desconfiados hasta ese punto con un hombre establecido hace ocho años, con un padre de familia, y ponerle en peligro de perderlo todo, dinero y coche, si no encuentro un billete de mil francos, jarre *Bichette!*... ¡Oh! seguramente, no obrarían de ese modo si se tratase de un gran empresario.

—Amigo, no hay más remedio: *poco dinero, poco meneo*—dijo Mistigris.

—Ahora ya no tiene usted más que buscar ochocientos francos—respondió el conde viendo en aquel lamento dirigido al padre Leger una letra de cambio contra él.

—Es verdad—dijo Pierrotín.—¡Arre! jarre, *Rougeot!*

—En Venecia habrá usted visto hermosos frescos—repuso el conde dirigiéndose á Schinner.

—Estaba demasiado enamorado para hacer caso de lo que yo consideraba entonces como bagatelas—respondió Schinner.—Y, sin embargo, debía estar bien curado de amor, porque en los estados venecianos, en Dalmacia, recibí una cruel lección.

—¿Se puede saber?—preguntó Jorge.—Yo conozco Dalmacia.

—Pues bien, si ha estado usted allí, debe usted saber que en el Adriático hay infinidad de viejos piratas, bandidos y corsarios retirados que han logrado escapar de la horca.

—Allí están también los Uscocos—dijo Jorge.

Al oír este nombre propio, el conde, á quien Napoleón había mandado en otro tiempo á las provincias de Iliria, quedó tan asombrado que volvió la cabeza.

—Era en aquel pueblo donde se hace el marrasquino—dijo Schinner pareciendo querer recordar un nombre.

—¡En Zara!—dijo Jorge.—Lo conozco, está en la costa.

—Eso mismo—repuso el pintor.

—Iba allí para conocer el país, pues me encantan los paisajes. Esta es la vigésima vez que yo me propongo dedicarme al paisaje que, á mi modo de entender, nadie comprende, á excepción de Mistigris, que llegará á ser un día digno sucesor de Hobbema, Ruysdael, Claudio Lorrain, Poussín y otros.

—Pero, hombre, con suceder á uno solo, me parece á mí que bastará—exclamó el conde.

—Si usted sigue interrumpiendo siempre la conversación, no acabaremos nunca, caballero—dijo Oscar dirigiéndose al señor de Serisy.

—Por otra parte, tenga usted en cuenta que el señor no se dirige á usted—le dijo también Jorge.

—Sin contar con que es de muy mala educación el cortar la palabra á nadie—dijo sentenciosamente Mistigris;—pero todos hacemos lo mismo y la conversación no sería tan divertida si no la fuésemos sembrando con las ocurrencias y las reprensiones propias. Antes hemos dicho que en una diligencia no hay clases y que todos los franceses son iguales. Así, pues, continúe usted, agradable anciano... charle usted cuanto quiera... Eso se hace en las mejores sociedades y ya sabe usted el refrán que dice: *Donde estuvieres haz lo que vieres.*

—Me habían contado cosas maravillosas de Dalmacia—repuso Schinner,—y me fuí allí dejando á Mistigris en Venecia, en la posada.

—¡En la *locanda!* si quiere usted que el relato no pierda el color local—dijo Mistigris.

—Zara es una ciudad sumamente sucia.

—Sí—dijo Jorge,—pero está fortificada.

—¡Pardiez!—dijo Schinner—precisamente las fortificaciones desempeñan un gran papel en mi aventura. En Zara hay muchos boticarios y yo me alojé en casa de uno de ellos. En los países extranjeros todo el mundo tiene como principal oficio el alquilar habitaciones amuebladas y dar

posada, pues los demás oficios son accesorios. Por la tarde me pongo en mi balcón, después de haberme mudado de ropa. En el balcón de enfrente veo una mujer, ¡oh! ¡qué mujer! una griega, con lo cual está dicho que debía ser la criatura más hermosa de la ciudad; un par de ojos rasgados, dos párpados que se abrían como celosías y unas pestañas que parecían dos pinceles, un rostro ovalado que hubiera vuelto loco á Rafael, una tez de delicioso colorido, aterciopelada... unas manos... ¡oh!...

—Que no eran de manteca como las de pintura de la escuela de David—dijo Mistigris.

—Pero, hombre, usted todo lo compara con la pintura—exclamó Jorge.

—¡Ah! cada cual ama su oficio—dijo Mistigris.

—Llevaba un traje que era griego, puramente griego—repuso Schinner.—Ya comprenderán ustedes que quedé prendado de ella. Le pregunto á mi Diafoirus y me dice que aquella vecina se llama Zena. Me visto y me cambio de ropa. Para casarse con Zena, el marido, viejo infame, había dado trescientos mil francos á sus padres, pues la belleza de aquella joven era celebrada en toda Dalmacia, en Iliria, en el Adriático, etc.

—En aquel país se compra la mujer—dijo Mistigris.

—En eso si que no entraría yo—dijo el padre Leger.

—Hay noches en que veo, aun en sueños, los hermosos ojos de Zena—repuso Schinner.—Este primer marido de que hablo tenía setenta y siete años. Pero estaba celoso, no ya como un tigre (pues suele decirse que los tigres están celosos como dálmatas), no ya como un dálmata, sino como tres dálmatas y medio. Era un uscoco, tricoco, un archicoco en una bicoca.

—Sí, vamos; uno de esos hombres á quienes los dedos se le figuran huéspedes—dijo Mistigris.

—Es famoso esto—repuso Jorge riéndose.

—Después de haber sido corsario ó acaso pirata, aquel pillo mataba á un cristiano con la misma facilidad que yo me fumo un pitillo—repuso Schinner.—Por otra parte, era riquísimo, millonario, y el muy infame, feo como un pirata á quien no sé que pachá cortó las orejas dejándole solamente un ojo en no sé donde. El uscoco se servía del ojo que le quedaba, y, pueden ustedes creerme, que aquel ojo lo tenía en todas partes. —Nunca deja á su mujer—me dijo el

Diafoirus. —Si ella necesitase de usted para algo, dígamelo, que yo le sustituiré disfrazándome; es este un sistema que siempre tiene éxito en nuestras piezas teatrales—le respondí yo.—Sería largo de contaros el tiempo más delicioso de mi vida, á saber, los tres días que pasé á la ventana cambiando abrasadoras miradas con Zena y cambiándome de ropa todas las mañanas. Era aquello tanto más halagüeño por cuanto que los más pequeños movimientos eran significativos y peligrosos. Por fin Zena comprendió, sin duda, que un extranjero, un francés, un artista, era la única persona en el mundo capaz de mostrarle amor en medio de los abismos que la rodeaban; y, como execraba á su horroroso pirata, respondía á mis miradas con miradas capaces de elevar á cualquier hombre al séptimo cielo. Llegué en este punto á la altura de Don Quijote. Me exalto y, por fin, me digo: El viejo me matará, pero iré. Nada de estudiar paisaje, en lo sucesivo lo que yo estudié fué la disposición de la casucha del uscoco. Llegada la noche, y habiéndome puesto mi más perfumada ropa, atravieso la calle y entro...

—¿En la casa?—dijo Oscar.

—¿En la casa?—preguntó Jorge.

—En la casa—repitió Schinner.

—Pues bien, es usted un hombre muy decidido—exclamó el padre Leger.—Yo no hubiera ido...

—Con tanto más motivo, por cuanto dada su obesidad de usted, no le hubiera sido posible entrar por la puerta—respondió Schinner.—Entro, pues—repuso,—y encuentro dos manos que me cogen las mías. Yo no dije nada, porque aquellas manos, suaves y finas como el terciopelo, me recomendaban silencio. Después me dicen, en veneciano, al oído: «Está durmiendo». Cuando estuvimos seguros de que nadie podría encontrarnos, nos fuimos á pasear por las murallas, aunque acompañados de una vieja dueña, fea como un portero y que nos seguía como si fuese nuestra sombra, sin que yo hubiese logrado decidir á Zena á que se separase de aquella absurda compañía. Al día siguiente, por la noche, se repitió la escena; yo quería despedir á la vieja, pero Zena se negó á ello. Como mi amada hablaba en griego y yo en veneciano, no podíamos entendernos; de modo que nos enfadamos. Yo me dije mientras me cambiaba de ropa:—Seguramente que la primera vez que nos veamos no estará ya la vieja...—Pues bien, para que vean ustedes lo que son las

cosas, la vieja fué quien me salvó. Al día siguiente hacía tan buen tiempo que, para no inspirar sospechas, y después de haberme reconciliado, como es natural, con mi amada, me fuí á contemplar el paisaje. Después de dar un paseo á lo largo de las murallas, me volvía tranquilamente con las manos en los bolsillos, cuando veo que la calle estaba obstruida por la gente. Había una multitud como si se tratase de una ejecución. Esta multitud se arrojó sobre mí, y yo fuí detenido, atado, conducido y custodiado por los agentes de la policía. Ustedes no saben, y quiera Dios que no lo sepan nunca, lo que es pasar por asesino á los ojos de un populacho desenfrenado, que os arroja piedras, que os sigue gritando y que os persigue lanzando gritos de muerte... ¡Ah! cada ojo se convierte en una llama, cada boca en un volcán de injurias, y el implacable odio se echa de ver al oír los gritos de: «¡Abajo el asesino!» «¡Matadlo!...»

—Pero ¿gritaban en francés aquellos dálmatas?—preguntó el conde á Schinner.—Nos cuenta usted esa escena como si le hubiera ocurrido ayer.

Schinner quedó sin saber qué decir.

—La sedición habla el mismo lenguaje en todas partes—dijo el profundo político Mistigris.

—En fin—repuso Schinner,—cuando comparecí en la audiencia ante los magistrados del país, supe que el condenado corsario había sido envenenado por Zena. Palabra de honor que yo ignoraba por completo el melodrama. Al parecer, la griega echaba ópio en una bebida que acostumbraba á tomar el pirata, cuyo ópio tenía por objeto gozar de algunos momentos de libertad para poder pasearse; y la víspera, aquella desgraciada mujer se había engañado de dosis. La inmensa fortuna del condenado pirata era la desgracia de mi Zena; pero esplicó tan sencillamente las cosas, que yo, gracias á ella y á la declaración de la vieja, fuí puesto en libertad, si bien tuve que salir para Roma por orden del alcalde y acompañado del jefe de la policía austriaca. Según me dijeron después, Zena, mediante dos años de reclusión en un convento y la entrega de gran parte de la fortuna del uscoco á los herederos y á la justicia, quedó en libertad. Dentro de algunos años todo se habrá olvidado y pienso ir á hacer su retrato. Ya ven ustedes las tonterías que uno hace á los diez y ocho años.

—Y no olvide usted que me dejé en la *locanda* de Vene-

cia sin un céntimo—dijo Mistigris.—Para ir á buscarle de Venecia á Roma, tuve que ir haciendo retratos á cinco francos cada uno, que después de hechos nadie quería pagármelos; pero no importa, aquéllos eran buenos tiempos.

—Ya comprenderán ustedes los temores que se apoderarían de mí al verme en una prisión dálmata, sin protección y amenazado de muerte por haberme paseado dos veces con una mujer obstinada en llevar siempre á la dueña en su compañía. ¡Qué mala suerte!—exclamó Schinner.

—Pero ¿de veras le ha ocurrido á usted eso?—preguntó sencillamente Oscar.

—¿Por qué no le ha de haber ocurrido eso al señor, cuando en un caso parecido se encontró una vez un guapo oficial de artillería durante la ocupación francesa de la Iliria?—dijo burlescamente el conde.

—Y ¿usted ha creído lo que dijo el artillero ese?—preguntó Mistigris al conde con socarronería.

—Y ¿no le pasó á usted nada más?—añadió Oscar.

—Hombre, supongo que no querrá usted que le diga que le han cortado la cabeza—dijo Mistigris.

—Diga usted, señor, ¿hay casas de campo en ese país?—preguntó el padre Leger.—¿Cómo cultivan allí la tierra?

—Allí cultivan sólo el marrasquino, que es una planta de la altura de un hombre, y que produce un licor del mismo nombre.

—¡Ah!—dijo el padre Leger.

—Yo no estuve más que tres días en la posada y quince en la cárcel; de modo que no vi nada, ni siquiera los campos donde se cultiva el marrasquino—respondió Schinner.

—Se están burlando de usted; ¡si el marrasquino viene en cajas!—dijo Jorge al padre Leger.

El coche de Pierrotín bajaba entonces una de las vertientes del valle de Saint-Brice para ir á la posada que hay en esta gran aldea, donde se detenía una hora para dar descanso á los caballos, y tiempo para comer la avena y beber. Entonces eran próximamente la una y media.

—¡Eh! este el padre Leger—exclamó el posadero en el momento en que el coche se paraba delante de la puerta.—¿Almuerza usted?

—Hombre, sí, acostumbro á hacerlo una vez al día, por lo menos; nos comeremos una empanada.

—Prepárenos usted el almuerzo á nosotros—dijo Jorge

poniéndose el bastón sobre el hombro con tanta gallardía, que excitó la admiración de Oscar.

Oscar sintió una envidia atroz cuando vió que aquel preocupado aventurero sacaba del bolsillo del costado una hermosa petaca de plata, de donde tomó un cigarro amarillo, poniéndose á fumarlo en el dintel de la puerta mientras esperaba á que le sirviesen el almuerzo.

—¿Fuma usted?—dijo Jorge á Oscar.

—Alguna vez—respondió el ex colegial poniéndose muy hueco y afectando un aire de personaje.

Jorge presentó su petaca abierta á Oscar y á Schinner.

—¡Caramba!—dijo el gran pintor—¡cigarros de á dos reales!

—Son los últimos que me quedan de los que he traído de España—dijo el aventurero.—¿Almuerzan ustedes?

—No—dijo el artista—me esperan en el palacio. Además, ya he tomado algo antes de salir.

—¿Y usted?—dijo Jorge á Oscar.

—Ya he almorzado—dijo éste.

Oscar hubiera dado diez años de vida por llevar botas de montar y travillas. Con el cigarro estornudaba, tosía, escupía, y en vano procuraba tragarse el humo sin hacer muecas.

—Usted no sabe fumar—le dijo Schinner.—Mire usted.

Y Schinner, con la cara inmóvil, aspiró el humo de su cigarro y lo echó por la nariz sin hacer la menor contracción. Después dió otra chupada, se quitó el cigarro de la boca, y al cabo de un rato, despidió el humo que había guardado en el estómago.

—Aquí tiene usted, joven—dijo el gran pintor.

—Mire usted, otra manera—dijo Jorge imitando á Schinner, pero tragándose el humo sin echar nada afuera.

—Y mis padres creen haberme educado—pensó Oscar procurando fumar con gracia.

Experimentó unas náuseas tan fuertes, que sintió un verdadero placer al ver que Mistigris le robaba el cigarro, y poniéndoselo en la boca con evidente satisfacción, le dijo:

—¿No tiene usted enfermedades contagiosas?

Oscar sentía no ser más hombre de lo que era para poder burlarse de Mistigris.

—¡Caramba!—dijo señalando al coronel Jorge;—ocho francos del vino de Alicante y de las tortas, dos francos los cigarros, y el almuerzo que le va á costar...

—Lo menos diez francos—respondió Mistigris;—pero así es el mundo, *los arroyuelos hacen los grandes ríos*.

—Padre Leger, beberemos una botella de vino de Burdeos ¿eh?—dijo entonces Jorge al cortijero.

—¡Lo menos le va á costar diez francos el almuerzo!—exclamó Oscar.—De modo que en un nada se habrá gastado veintitantos francos.

Herido de su inferioridad, Oscar se sentó en un poyo y se entregó á tan tristes meditaciones, que no observó que, arremangado su pantalón por efecto de su postura, mostraba el punto de unión de una media cuya pernera era completamente vieja y cuyo pie era nuevo, obra maestra ésta debida al trabajo de su madre.

—Somos hermanos por lo que atañe á los pies—dijo Mistigris levantándose un poco el pantalón para enseñar una media del mismo género.

Esta broma hizo sonreír al señor de Serisy, que se mantenía de pie y con los brazos cruzados junto á la puerta cochera. Por muy locos que fuesen aquellos jóvenes, el grave hombre de Estado no dejaba de envidiarles sus defectos, celebrar sus jactancias y admirar la causticidad de sus ocurrencias.

—Y bien ¿adquirirá usted los Moulineaux? porque sé que ha ido usted á París á buscar dinero—decía al padre Leger el posadero que acababa de bajar á la cuadra para enseñarle una jaca que estaba en venta.—Sería bueno que pudiese usted más que todo un par de Francia y ministro de Estado; me gustaría ver vencido al conde de Serisy.

El conde se volvió para examinar al cortijero sin dar muestra alguna de curiosidad.

—Sí, me han dicho que anda volado—respondió en voz baja el padre Leger al posadero.

—A fe que me alegro, porque me gusta ver á los condes contrariados. Si tiene usted necesidad de una veintena de miles de francos, ya sabe que yo se los prestaré á usted gustoso; pero Francisco, el cochero de la diligencia Touchard que pasa á las seis de la mañana, acaba de decirme que el señor Marguerón está invitado por el conde de Serisy para comer hoy en Presles.

—Ese era el proyecto de Su Excelencia; pero también nosotros tenemos nuestras malicias—respondió el padre Leger.